

**Recorrido** Zaragoza repasa siete mil años de arte persa en una muestra que evidencia la vasta variedad de pueblos que han formado el espíritu de aquel país, desde el neolítico hasta el Islam

# Siete mil años en el alma iraní

**"7.000 años de arte persa"**  
LA LONJA  
ZARAGOZA

Plaza del Pilar, s.n.  
Tel. 902-22-30-40  
Hasta el 16 de mayo

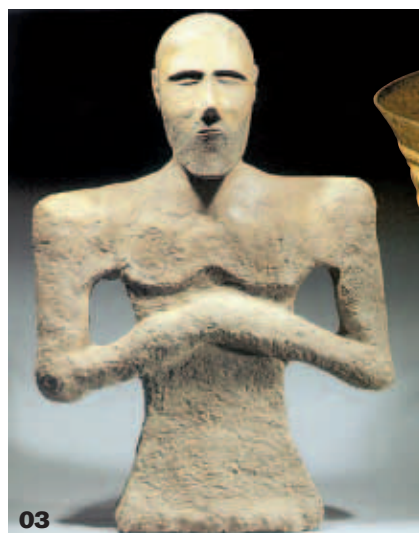
**PERE PARRAMON**

La exposición "7.000 años de arte persa" llega a Zaragoza tras su rotundo éxito sevillano –sesenta mil visitantes y clausura prorrogada–. Organizada por expertos austriacos e iraníes y producida por Fundación "la Caixa", con la colaboración del Kunsthistorisches Museum Wien, ha paseado también por Viena, Roma, Bonn, Gante, Basilea y Valencia. Por primera vez después de la revolución de 1979, cerca de doscientas piezas emblemáticas salen del Museo Nacional de Teherán. Aprovechando las tímidas relaciones entre Irán y Austria, esta muestra viaja a occidente como intento de aperturismo. Así, los leones heráldicos de la Lonja zaragozana reciben la visita de sus estilizados congéneres asiáticos.

Pese al título, "7.000 años de arte persa" es una exposición sobre arte iraní. Es decir, sobre la amalgama cultural y étnica que comprende no sólo al imperio persa, sino a la vasta variedad de pueblos que han ido formando el espíritu iraní desde el neolítico hasta la llegada del Islam en el siglo VII d.C. Un patrimonio que enorgullece a los iraníes contemporáneos y que en occidente sigue fascinando, sea a través de la historia o del mito: aún sorprende la obsesión griega por describir el lujo (asociado a inmoralidad) de sus tradicionales enemigos del este, o el pasmo de viajeros tan ilustres como Marco Polo o Goethe; todavía aterran los ejércitos de Jerjes en las Termópilas, y conmueve el tópico del noble exótico que languidece rodeado de joyas –el Muchacho Persa de Mary Renault, o Farah Diba y su ostentosa agonía–. Todo lo relacionado con Persia viene envuelto en un inconfundible aroma a fastos orientales. La publicidad de la exposición, que reproduce un espectacular ritón de oro, juega con esta imagen de suntuosidad. Sin embargo, el recorrido arranca con una diminuta figurilla, apenas un pegote de barro. Al arrimarse a la lupa que permite ver a esta madre primigenia datada hacia el 6500 a.C., uno se percata, profundamente aliviado, de que lo exhibido no se limitará a fulgores para urraca. "7.000 años de arte persa" nos acerca al altísimo desarrollo de las civilizaciones iránias, ricas en tesoros, pero también y, por encima de todo, en conocimientos.

## Sensación de presencia

Tras la sofisticada cerámica prehistórica, en la que ya se aprecia un interés por la ornamentación que alcanza nuestros días, el visitante puede calibrar la desconcertante sensación de presencia que irradian los bustos orantes de Shahdad, o deleitarse con los metales de Luristán, legado de un mundo nómada preñado de quimeras. De las terracotas de Gilán impactan los rostros y los ademanes, tan cercanos que no extrañaría encontrarlos firmados por Picasso. Y el plato fuerte: el arte aqueménida, asociado a gobernantes como Ciro el Grande, caudillo que llegó a ser "Rey del Universo". En la exposición, el esplendor de su estirpe –la dinastía irania por excelencia– se describe mediante fabulosos trabajos



en oro y plata, sellos y tablillas con datos sobre la compleja burocracia imperial, incluso objetos egipcios que traslucen gustos cosmopolitas, etc. A continuación empiezan a asomar drapeados sospechosamente familiares: la conquista de Alejandro Magno y sus herederos seléucidas y partos lo bañó todo de koiné helenística. Aunque aletargada, el alma iraní permaneció –como siempre ha hecho– y aguardó. El público asiste a su renacimiento con las obras sasánidas, por otro lado notables ejemplos de arte propagandístico –las alusiones a la religión zoroástrica y a la monarquía son frecuentes–. Las despreocupadas bailarinas repujadas en plata de este periodo constituyen una nueva e inesperada despedida: Irán da un nuevo giro con la irrupción de los invasores musulmanes. En los últimos objetos de la muestra, sobre todo cuencos y jarras, las inscripciones cúficas ya son la norma. Pero ahí, aunque camuflados en las maneras islámicas, también se mantienen palpitantes las tradiciones anteriores, como el macho cabrío de un plato del siglo X d.C., tan semejante a sus padres de la Edad de Bronce. "7.000 años de arte persa" concluye con un espléndido Corán. Mientras el Irán actual lucha por conjugar su república con exigencias teocráti-

cas de raíz árabe, éste es un final, como poco, abierto a interpretaciones.

Las piezas expuestas evidencian costumbres técnicas y estéticas sobrecogedoras, pero no dejan de ser meros compañeros materiales de los verdaderos avances de su tiempo. Abochorna pensar que hace unos dos mil quinientos años, durante el reinado de Darío I, el sueldo de la mujer se equiparaba al del hombre, existía el permiso por maternidad y urbes de la

**El ánimo curioso, culto y atento a todo lo que sucedía en el mundo del imperio persa es el mismo que todavía se respira en las grandes ciudades de Irán**

envergadura de Persépolis se construían con el esfuerzo de asalariados y no de esclavos. Bajo la égida tremenda de este monarca se extendía un territorio multinacional y multicultural, un imperio donde se protegían las particularidades artísticas, lingüísticas, religiosas y, hasta cierto punto, administrativas de los estados sometidos. "Rey de países" era uno de los epítetos reales que mejor reflejó en su espléndida capital. Para levantar Persépolis, Darío llamó a los principales artesanos de todas sus naciones, fundiendo los estilos de unos y otros, aprovechando los logros de cada talante hasta destilar una mezcla digna de su poder. Y a diferencia de los jaleos fenicios, la mezcla fue coherente, y muy personal. El imperio persa demostraba así su verdadero alcance: sólo un régimen muy convencido de su autoridad se atreve a mamar de culturas forasteras, por muy derrotadas que estén –nada que ver con los recelos nazis, por ejemplo–. Heródoto no pasó por alto el eclecticismo persa: "Adoptan las costumbres extranjeras más que ningún otro pueblo. En efecto, llevan el traje medo, y para la guerra, el peto egipcio". Este ánimo curioso, firme, culto y atento a todo lo que sucede en el mundo, es el mismo que hoy todavía se respira en las grandes ciudades de Irán, donde, pese a las prohibiciones, las antenas parabólicas proliferan con inusitada terquedad. Y es que en miles de años no ha habido yugo capaz de extinguir el fénix iraní. |